

Calesitas

Luz Barassi

RESUMEN: La autora, docente de la Facultad de Psicología de la UBA e integrante del Cuerpo Técnico Auxiliar del Departamento Judicial de San Martín, con trabajo con jóvenes imputados de delitos, hace un recorrido de la vida de “Miguel”, atravesado por carencias, desigualdades y atrapado por el sistema penal. La experiencia de mediación que describe, refiere a “una propuesta que no se centra en la cura, sino en la vida. Con el oficio de argumentar y argumentarse, puede ir naciendo una fuente de diálogo que derrama y que construye subjetividad ampliando los márgenes de lo posible. Que soporta derivas, que no promete ni pide promesas de salvación”, tal como lo señala en su obra. Aborda la temática de la delincuencia juvenil de una forma distinta describiendo ese pase de la niñez a la adolescencia a partir de la imagen de un juego infantil.

PALABRAS CLAVE: Desigualdad - Criminalización - Desprotección – Mediación

*No es tu fotografía lo que llevo en el alma,
muchacho sin rasgos:
es tu mirada, justamente lo que no era tuyo,
lo que no era tú.*

Mario Levrero

Poco se sabe acerca del momento en el que los niños abandonan el interés por las calesitas. Parecería que, discreta y secretamente, -pero de pronto-, el mundo comienza a estirarse, a perder toda regularidad y a salirse de los estrechos márgenes de la repetición y del círculo, de algunas hipnosis, de ciertos mareos, de cierta madre que practica el estar a la espera, atenta, que aparece, y reaparece. Y todo simulando una eternidad infantil vigorosamente festejada.

David Matza¹, sociólogo norteamericano de los años 60 y 70, afirmó de manera novedosa ante las discusiones sociológicas de aquella época y no por ello no vigentes, que los jóvenes que circulan por los carriles de la delincuencia suelen entrar “transitoriamente en un limbo entre la convención y el crimen, respondiendo alternativamente a las demandas de cada uno, coqueteando ora con una ora con otro, pero posponiendo el compromiso, evadiendo la decisión”². No comprometido con ninguna posibilidad (legal, ilegal, informal) se está en una “deriva”. Podemos afirmar, yendo más allá, que la condición de aquello que llamamos lo adolescente, necesita de esos estados y de los tiempos que insumen, indefinibles. Nada de círculos ni de giros en espirales de retorno a lo mismo: devenires imprevisibles.

Algunas veces Miguel recorre trechos cortos y se detiene entre los otros buscando unas cervezas, algo de vino, fumar. Los que merodean son mayores que él, no sabe bien por qué, pero se siente más cómodo en esa movida que en su casa, con los abuelos. Y todos lo conocen y lo saludan y le hablan, y eso le gusta.

Algunas otras veces Miguel aparece en la casa de su madre, ahora que tiene la oportunidad. Le gusta quedarse en su cama, en el medio entre ella y el que está con ella, como si todavía fuera un niño.

Después de aquel acto abominable Miguel piensa que robar no es para él. Pero la escuela tampoco. Sin embargo, a veces, percibe a las dos cosas como obligaciones diferentes que se le imponen sin preguntar. Todo es muy extraño, porque no sabe muy bien por qué había golpeado a una mujer. Él no quería, sino, no se sentiría tan mal cuando lo recuerda. Justamente él, que sabe tanto de eso de los gritos, de los golpes, del miedo de su madre que sufre, del niño acorralado que ha sido. Lo primero que piensa es que todo aquello fue un error y es lo que les dice a quienes esperan una explicación, pero hay algo que insiste, que no cierra y que lo inquieta bastante, que trata de anular, a veces con la compañía, con el humo, con el alcohol.

¹ David Matza también ha sido muy lúcido al verificar que los adolescentes marginales, comparten con las mayorías, los valores del ethos capitalista. No se trata de que formen subculturas aisladas, ni aislantes. Las discusiones en torno a este tema pueden seguirse en la monumental obra de Ignacio Anitua, “Historias de los pensamientos criminológicos”.

² La cita corresponde a David Matza traducido por el sociólogo argentino Sergio Tonconoff.

Algunas veces Miguel recorre trechos cortos y se detiene entre los otros buscando unas cervezas, algo de vino, fumar. En la internación en el instituto, Miguel conoció lo que es estar preso. De algún modo había sido una realidad imaginada cuando pensaba en su papá. Claro que una manera de conocerlo fue pasar por ahí, entenderlo un poco y decidir o más bien, pedirle a la vida, no volver a caer. La cárcel es casi el único lugar del que no se puede salir corriendo, no hay muchos otros parecidos. Hasta podría decirse que es más fácil salirse de sí, que de la cárcel.

Muchos consideran que si bien la privación de la libertad instituida como prisión, tiene un efecto deteriorante y criminógeno³ (reproductor de clientela carcelaria, estigmatizante, fijador y potenciador de roles desviados y condicionante de males mayores), un discurso penal latinoamericano preventivista sigue dominando al pensamiento jurídico y a todas las derivaciones ejecutivas, “no porque sea verdadero, sino porque es la única opción de la política demagógica de prisonización masiva divulgada desde los Estados Unidos a la brutalidad exterminadora de América Latina. Se trata de una teorización falsa frente a una política genocida, sin otro discurso que la manipulación del miedo y del odio⁴.” Miguel podría asentir a esta idea, si alguien se la diera a conocer. Miedo, odio.

Algunas veces Miguel recorre trechos cortos y se detiene entre los otros buscando unas cervezas, algo de vino, fumar. De vez en cuando, en medio de las risas de los otros, recuerda lo que fue vivir con su mamá. Lo imagina como un pasaje por sucesos tibios y plenos. Pero enseguida se trepan imágenes de gritos y golpes que todavía lo enturbian. Aprendió a no hacerle demasiado lugar a esas cuestiones y quedarse para sí con el miedo y el odio: son emociones que conoce y entiende y que lo encuentran con facilidad en la calle, en miradas y en gestos.

³ Toda la criminología llamada crítica pone su acento en la producción de criminalidad a partir de las agencias penales que supuestamente, tienen el objetivo de reducirla. Desacreditada la criminología clínica (de origen médico-psiquiátrico) que explicaba a la delincuencia desde una etiopatogenia individual o familiar, desde este nuevo movimiento el objeto de estudio no debía ser la criminalidad sino los aparatos que la generan y manejan. Entre ellos, mencionamos nuevamente a David Matza y Stanley Cohen, -tan solo para iniciar una lista interminable-, quienes se han dedicado particularmente al estudio de la delincuencia juvenil

⁴ Citamos textualmente aquí, a Eugenio Zaffaroni.

Sucede a veces, que cuando es tomado por pensamientos de esas cosas, se oyen tiros en el barrio. Antes le daban susto; ahora una curiosidad y una expectación que lo convocan a mirar, a buscar, a tratar de entender.

Por ahí sucede que Miguel se encuentra con un mensaje de esa chica que lo busca. Le incomoda la certeza de que él no está disponible para tanto, se trata de algo más difícil que arrimarse a los disparos que suenan en la noche. Es más grande ella, como de veinte, grandota y a Miguel le gusta, pero lo inquieta. Le molesta esa risa nerviosa que se le impone. En realidad, podría decir, cuando está fresco, que el mundo entero con su peso y su exigencia, está en su contra. Y esa furia que lo tiene a veces y que intenta mitigar o no, por momentos parece habitarlo, encarcelarlo.

Algunas veces Miguel recorre trechos cortos y se detiene entre los otros buscando unas cervezas, algo de vino, fumar. Así tomado, disimulando un poco, suele ir a la escuela o al taller de teatro que le ofrecieron cuando dejó el instituto. Eso, extrañamente, le divierte bastante, hacer de pibe canchero, ponerse ropa de otros, que los compañeros siempre lo elijan a él para personificar al actor principal, al cheto, al galán. Del taller surgió la gorda, la que le gusta bastante, pero también hay otras pibas y pibes y otras maneras de estar entre ellos.

Para algunos de aquellos que actuamos convocados por la arista más punitiva del Estado⁵, la pregunta incesante es qué operación cabe ante la violencia que se desata entre los jóvenes capturados por la criminalización secundaria, definida como el proceso de selección de aquellos en los que recae todo el sistema penal: la policía, los tribunales, el castigo, la rehabilitación, la vigilancia. Qué decir ante la incesante pregunta por el diagnóstico, por el pronóstico, por las medidas de cuidado, de seguridad, de cura.

Muchos afirman que ha llegado para quedarse, el ocaso de las ideologías de la resocialización y que esto es coincidente con la crisis de un estado providente (que en realidad nunca existió en Latinoamérica pero que ha dejado la estela de las

⁵ Por ejemplo, y sólo veces, de las oficinas técnicas del Poder Judicial que se proveen de profesionales de la medicina, psicología y trabajo social a los fines de realizar informes periciales –expertos- sobre los jóvenes procesados. Desde este Cuerpo Técnico Auxiliar del Departamento Judicial de San Martín, con Sede en San Miguel y en diálogo con los operadores del Centro de Referencia de San Martín y San Miguel, entidad perteneciente al Poder Ejecutivo Provincial

buenas intenciones)⁶. Las ideologías re –en las que se incluyen los tratamientos psicológicos impuestos-, dicen, llevan sobre sí un sustrato autoritario porque pretenden modificar las elecciones de las personas. Y se propone entonces, que la prisión y sus demás derivados (patronatos, métodos de cura y vigilancia, implicación de los padres cuando los que delinquen son sus niños o adolescentes) se ofrezcan como posibilidad de preparación para un estado de menor vulnerabilidad. Afianzando la autoestima, anoticiando a las víctimas de los procesos sociales que los producen como estereotipos, enseñándoles a “abstenerse de un ofrecimiento grosero a la trampa del poder punitivo”⁷. Una propuesta pedagógica.

Esto y no sin otras herramientas políticas, quizás sea alguna vez posible para un particular que es llamado “el grupo vulnerable”. ¿Pero, qué hay de lo singular en cada adolescente que debemos describir, desde la psicología o el trabajo social, para los jueces?

¿Qué de cada pequeña historia del conurbano pobre de nuestra gran ciudad, que transita casi las mismas calles?

Y dicen que es en el ocaso de toda respuesta, en donde emerge la invención. Citamos a Silvia Duschatsky que nos ayuda en la inspiración: “La modalidad de la invención pone de relieve la producción de recursos para habitar la situación. Se trata de hacer algo con lo real, de producir aberturas que desborden la condición de imposibilidad, de producir nuevos posibles”.

Hace un tiempo en San Martín, Provincia de Buenos Aires se trabaja con algunos adolescentes y jóvenes, que forman parte de la población sociocultural e institucional más pobre del Gran Buenos Aires⁸. Día a día se está ofreciendo un

⁶ Máximo Sozzo desarrolla de manera crítica las ideas de “importación” y de “viajes culturales” de las racionalidades y tecnologías de gobierno de la cuestión criminal, de las que surgen tímidamente estrategias preventivas con “radicación cultural” específicamente argentina.

⁷ Eugenio Zaffaroni (ibídem) ofrece esta idea, esta intención.

⁸ El INDEC ha hecho un agrupamiento de partidos en acuerdo de las siguientes variables: porcentaje de la población cubierta por algún sistema de salud, porcentaje de viviendas con baño exclusivo, porcentaje de hogares con ingreso per cápita en el estrato 1, porcentaje de hogares con jefe de familia con educación primaria incompleta. La composición para el Gran Buenos Aires está dividida en cuatro aglomerados de partidos. La que presenta las condiciones socioeconómicas más precarias es la GBA4, constituida por los partidos de Florencio Varela,

espacio de “trato”, que no es de “tratamiento”, ni de “tratos”. Ni de la culpa, ni de la expiación, ni de la explicación, ni de la prospección. Un tiempo no establecido que podría llamarse de “mediación para adolescentes en conflicto con la ley penal”, pero que podría ser también el espacio de la “deriva”, de la “pregunta”, de la “espera”, y arriesgo, del “aguante”. Desde un contexto hostil, la mano dura de la ley ofrece una mano tendida que se da, sin saber nada de ante-mano. Un gesto sutil y a veces inadvertido. Un guiño. Una invitación a que el/la adolescente en cuestión pueda invitar, él/ella mismx, a quien quiera acompañarlx. ¿Y a qué o a dónde? A hacerse preguntas, a buscar pistas de respuestas posibles por aquí y por allá, porque en la idea de buscar, es que estos atrevimientos se auto engendran y generan movimiento donde antes había silencio y quietud, muerte, golpes, cárcel.

Parafraseando a Marcelo Percia¹⁰, sabemos que no sería feliz desde nuestro lugar clínico enfocarnos en las esperanzas -de que el Estado ofrezca soluciones, dinero, inversión de recursos, cuerpos profesionales, trabajo, escuelas, de que el adolescente cambie, mejore, deje de drogarse, deje de correr peligros, abandone el robo, trabaje, se lleve bien con los padres y se ponga de novio¹¹-. Porque la esperanza inmoviliza y entonces resta. Porque como él escribe, “la esperanza anhela lo previsto mientras que la espera vive atenta a lo inesperado”. Y lo inesperado de sí es condición de lo adolescente. Pulsa descubrimiento, si podemos acogerlo.

Mediación, entonces, como clínica de la espera, espacio que no tiene valor de intercambio, que no genera “buen concepto”, que no promete mejorar la condición formal ante el proceso penal, -debido a causas que no tienen que ver más que con voluntades colectivas, ideológicas, paradigmáticas, adversas del ejercicio del derecho como sueño humanitario en nuestra provincia-.

Esteban Echeverría, Merlo, Moreno, Malvinas Argentinas, José C. Paz, San Miguel, San Fernando, Tigre y Matanza 2 (González Catán y Laferrere). Esta información es vertida por Fernando Santiago.

⁹ La política del aguante merece un trabajo a mayor profundidad

¹⁰ En un maravilloso libro que batalla contra la idea de sujeto moderno que sostiene al derecho vigente: Sujeto Fabulado. Notas.

¹¹ 11 Descreemos de las terapias psicológicas en las que se invierte la carga de la demanda: no es la angustia la que demanda tratamiento sino el Estado, la prevención, la inseguridad... descreemos de esas terapias impuestas desde el miedo de los unos a los otros

El espacio-tiempo de la mediación que recibe con una sonrisa expectante. Un encuentro entre desconocidos que se quieren conocer un poco. Formado por quien quiera, para el que quiera: mediación como “espera impugnadora de lo inexorable y productora de posibilidad¹²”. En la promesa de lo confidencial, surge allí la posibilidad de que alguien afirme –provisoriamente o no- como modo posible de vida, el robo. O como práctica de goce, el consumo. Pero también, que aparezca, imperceptible, una punta de un ovillo que empieza por el curioso deseo vergonzoso de un amor que asoma. O del gusto por una actividad que no reditúa más que en cierto placer de exhibirse ante los otros un poco fugado de sí. O de la posibilidad de una queja por el destrato al ser mirado como niño que nada puede decidir, o como adulto que ya debe estar presto para ejercer un oficio y mantener a padres y hermanos (ejerciendo como únicas opciones la albañilería, la recolección de residuos que se suele llamar “reciclado” o la venta ambulante, o la limpieza de coches). También, del descubrimiento de que quizás la amistad entre pares pueda cursar por otros carriles que los de la aventura delictiva.

En ese espacio del signo de interrogación, Miguel reía un poco desconcertado porque su madre contó, al fin, cómo fue que misteriosamente, se encontraron entre las vías del tren cuando él debía estar en la escuela, la primera vez que se escapó y ella debía estar en la oficina en donde oficia de portera. El creía que ella lo había seguido, desconfiada de sus promesas de buena conducta, pero no, ella volvía de su trabajo antes de tiempo a causa de una protesta gremial. Sin saberlo hasta ese momento, se descubre que ella lo busca en todos lados, desde el triste día que el padre de él y pareja de ella se lo arrancó de sus brazos, siendo Miguel un nene muy chiquito, casi sin memoria.

Suele ser difícil a esta edad, conversar con una madre. Aún más cuando no se la conoce sino a partir de aquellos fragmentados recuerdos de ausencias, tantos años atrás. Aún más porque lo que reclama argumentos es aquello. Es incómodo, lejano y cercano a la vez. Sospechase abandonado y también querido y buscado como un tesoro oculto, y todo sin tener mapas en la mano. Ella se pregunta incesantemente cómo llegar a él, que le fue robado de sus brazos. Surge que, tal vez jugando a las escondidas, porque él le anda proponiendo eso y no mucho más.

Alguien podrá sospechar que una terapia psicológica andaría por los mismos rieles. Sin embargo, creemos que montar una escena en la que alguien representa al

¹² Marcelo Percia: *Ibidem*

tribunal, y que se suma al espacio, le quita una intimidad y un limbo que suele diluir espacios re malogrados. Estamos aquí, por algo que sucedió y que duele. Afectados por el sistema penal pero también por actos realizados de los que hay que poder hablar desde algún lugar. Se trata de la propuesta de trabajo en torno a lo que por aquí lo trae al pibe, a la piba, a nuestros adolescentes, de nuestro barrio, o de territorios cercanos: la infracción a determinadas codificaciones de ley penal, asentidas por casi todos: no dañar, dice la ley, no dañar.

Un mediador/preguntador propone el juego. Y entonces, la ausencia de profesionales contratados para la evaluación, la re-sociabilización, la rehabilitación, la re-distribución de la energía libidinal de modo conveniente al bien común, hace que la propuesta se centre no en la cura, sino en la vida. De ese oficio de argumentar y argumentarse, creemos, puede ir naciendo, una fuente de diálogo que se derrama y que construye subjetividad ampliando los márgenes de lo posible. Que soporta derivas, que no promete ni pide promesas de salvación.

Una propuesta clínica como política pública a un problema público que es la progresiva desaparición de ese espacio que Erickson sabiamente había llamado “moratoria social” para los adolescentes pobres.

Algunas veces Miguel recorre trechos cortos y se detiene entre los otros buscando unas cervezas, algo de vino, fumar. Ese estar entre murmullos y risas sin demasiado sentido le permite arrojarse a cualquier idea que se impone, atrevida. Hoy le dan ganas de caminar solo. Recorre unas cuadras más y llega a la placita saludando con la mano; hay otros pibes reunidos, haciendo qué sé yo. Toma entonces, con sus manos pequeñas y heladas los fierros de la rueda giratoria, calesita extraña, sin piso, sin caballitos ni autos, sin sortija, sin postes de donde sujetarse y mirar alrededor. Gira corriendo alrededor, aferrado, suma velocidad mientras corre en círculo, llega el momento oportuno y levanta los pies y flota a la vez que gira y siente la brisa en su cara y un cosquilleo lindo. Un paso más, por qué no, y suelta los brazos, impulsado por una alegría que viene quién sabe de dónde ni por qué. El impulso lo

Bibliografía

- Anitua, G (2005) “Las teorías de la reacción social, teorías del conflicto, el marxismo y el pensamiento crítico respecto de la cuestión

- criminal”, en *Historias de los pensamientos criminológicos*. Buenos Aires, Del Puerto, 2010.
- Tonconoff, S (2007) “Juventud, exclusión y delito. Notas para la reconstrucción de un problema”, en revista *Alegatos* N° 65, México.
 - Zaffaroni, E: (2006) “Manifestaciones formales del poder punitivo”, en *Manual de Derecho Penal, parte general*. Buenos Aires, Ediar, 2011.
 - Sozzo, M (2008) “Viajes culturales y prevención del delito. Reflexiones desde el contexto argentino” en *Inseguridad, prevención y policía*. Quito, FLACSO, 2008.
 - Duschatsky, S, Corea, C (2002) *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires, Paidós, 2002.
 - Santiago, F (2002) “Chicos Malos. Juventud, precariedad y delito” En *Colección*
 - *Investigación, Serie Documentos de Trabajo N° 22*, Instituto del Conurbano, Universidad Nacional de General Sarmiento, Buenos Aires, 2002.
 - Percia, M (2014) “sujeto fabulado II. figuras” Buenos Aires, La Cebra, 2014